

## CAPITULO VI.

Francisco se deja retratar.—Su carta á Lessius.—Va á Paris para acompañar al príncipe del Piamonte.—Vive allí de una manera apostólica y hace un gran número de conversiones.

(Años 1618 y 1619.)

Varias veces se habia pedido á Francisco de Sales que consintiese en dejarse retratar, y nunca su humildad quiso prestarse á ello. Un pintor mas hábil encontró un medio de triunfar de sus repugnancias. «Monseñor, le dijo, sois causa de que se ofenda mucho á Dios.—¿Cómo es eso? dijo el santo.—Rehusando dejaros retratar, sois causa de que muchos cometan pecados de murmuracion.—Si eso es así, dijo el santo prelado, consiento en que se saque la imagen de este hombre de tierra, con tal que pidan á Dios que forme en mí la imagen del Padre Celestial.» Se convino pues en una sesion, pero muy corta; de donde resultó que el artista no pudo por falta de tiempo, tomar sino muy imperfectamente el parecido. Este, sin embargo, sacó varias copias del retrato y vendió algunas, pero en corto número, por no encontrarlo parecido al original. Aflicto por su poco éxito, y siendo él mismo el primero que conocia la imperfeccion de su obra, fue á buscar al santo Obispo: «Monseñor, le dijo, vengo á rogaros en nombre de la caridad y de la verdad, que concedais una nueva sesion: en nombre de la caridad, porque esto será ponerme el pan en la boca, en nombre de la verdad, porque los compradores me hacen jurar que el retrato está hecho sacado del natural, y esta es, monseñor, mentira que vos solo podeis hacer cesar, porque os amo tanto, que cuando no os vea os hago siempre mejor de lo que sois.—No sé, contestó Francisco sonriendo, si vuestra razon es mas ingeniosa que ingénuu; pero sea lo que quiera, no se ha de decir por esta vez que soy obstinado.» En seguida se sentó, y estuvo sin moverse durante dos horas. «¡Oh, monseñor! dijo el

pintor al acabar, ¡qué gran limosna me habeis hecho! «Y vos, contestó Francisco, me habeis causado una gran mortificacion. Pero os perdono, con la condicion de que no volvais á insistir mas.» (1)

Algun tiempo despues, informado de que el santo prelado se habia dejado retratar, uno de sus amigos se apresuró á pedirselo. «Ahí teneis, le escribe enviándoselo (2), ahí teneis la imagen de este hombre de tierra, para que veais que no puedo negar nada á vuestros deseos. Me dicen que nunca me retratan bien, y pienso que eso importa poco; lo he comprado para dárselo, porque no lo tengo. ¡Ah! si el de mi Criador estuviese en todo su brillo en mi espíritu, con cuánto gusto lo veriais! *Oh! Jesu, tuo lumine, tuo redempto sanguine, sana, refove, perfice, tibi conformes effice. Amen* (3).»

Así se prestaba Francisco á los deseos del prójimo: este hombre tan bueno no podia rehusar nada de lo que podia conceder sin herir la virtud, y siempre accedia á la primera peticion. Un dia que habia oficiado y predicado en los Franciscanos de Annecy para celebrar la fiesta de San Buenaventura, los Capuchinos; que celebraban tambien esta fiesta, fueron á las cinco á quejarse á él de que habiendo dedicado todo el dia á los Franciscos, no habia honrado su iglesia con su presencia. «Teneis razon, les contestó, pero aún es tiempo,» y al punto, tomando su roquete y su muceta, fué á dar la bendicion con el Santísimo Sacramento, y á predicar á la iglesia de estos buenos Padres. Cuando despues de la ceremonia le pidieron perdón por el aumento de trabajo que le habian causado, «Soy, les contestó, de la orden de San Francisco sin distincion de los diferentes miembros de su familia, y estoy unido á ella por un doble lazo, el del bautismo, donde

(1) Año Santo de la Visitacion, 15 de junio.

(2) Carta DCXXV.—*Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XVIII, sec. XXXII.

(3) Es decir, ¡O Jesus! con una de vuestras miradas curad, calentad, santificad, haced semejantes á vos á los que habeis rescatado con vuestra sangre.

»recibí el nombre de Francisco Buenaventura, y el de mi  
»hermandad con vuestra santa orden.» (1)

Amigo de todas las corporaciones religiosas, Francisco recibió al mismo tiempo con alegría una carta de un célebre Jesuita, el Padre Leonardo Lessius (2), el que le expresa su tierna veneración y su afecto sin límites. No tardó en contestar con una carta en latín que se ha hecho célebre. Como el autor declara en ella que participa de la opinión de los Jesuitas sobre la predestinación y la gracia, los teólogos de la opinión opuesta, viendo con pena en el campo de sus adversarios una autoridad tan respetable, han querido por mucho tiempo negar la autenticidad de esta carta; pero hoy que ya el hecho está demostrado, no nos detendremos á repetir las pruebas que interesarían poco al lector, y nos limitaremos á la traducción del texto. «Desde hace largo tiempo, dice el obispo á Lessius (3), me siento penetrado de estimación y afecto hácia vos, no solo porque honro todo lo que procede de la Compañía, sino también porque conozco y he podido apreciar por mí mismo la eminencia de vuestro mérito. He leído vuestro utilísimo tratado de la *Justicia y el Derecho*, donde resolvéis las cuestiones de una manera superior á vuestros antecesores; he leído vuestra bella obra sobre la *elección de la verdadera religión*, en la que parece no habeis hecho más que prestar vuestra mano al ángel del gran consejo que os inspiraba; he leído vuestro tratado de la

(1) Año Santo de la Visitación, 14 de julio.

(2) Lessius, profesor de Teología en Lovayna, durante veinte años, de 1585 á 1605 sostuvo proposiciones públicas opuestas á los sentimientos de los tomistas. Las universidades de Lovayna y de Douai censuraron treinta y cuatro de ellas, pero la Santa Sede rompió la censura y declaró sana la doctrina del autor. Este religioso, eminente sábio en Teología, en Derecho, en Matemáticas, en Medicina y en Historia, como lo prueban sus numerosos escritos, no era menos notable por su santidad, como lo demuestran las informaciones tomadas después de su muerte sobre su vida y virtudes á fin de beatificarle, y cuyo manuscrito se conserva en la biblioteca del arzobispado de Malinas.

(3) Carta CDXXXVI.

»predestinación, donde enseñáis que Dios no predestina á  
»los hombres para la gloria sino con relación á sus mé-  
»ritos; en cuya doctrina me ha sido muy agradable en-  
»contraros de mi opinión, habiéndome parecido siempre  
»la más conforme á la misericordia y á la gracia de Dios,  
»la más verdadera y capaz de encender en nuestros cora-  
»zones el fuego del amor divino, como lo he insinuado en  
»mi librito del *Amor de Dios* (1). Prevenido así en vuestro  
»favor, he tenido un placer singular en saber que sentís  
»hácia mí una amistad recíproca; y para afirmarme en  
»ella, haré con empeño todo lo que pueda seros agra-  
»dable.»

Hacia mucho tiempo que los feligreses de *Saint-André-des-Arts*, en París, instaban al Obispo de Ginebra á que fuera á predicar en su iglesia las misiones del Adviento y la Cuaresma, y el santo prelado, que amaba tanto á la Francia, deseaba vivamente rendirse á esta invitación; pero siempre el Duque de Saboya ponía obstáculos, no queriendo que se alejase de sus estados un prelado cuyos servicios eran tan preciosos para el país. Por fin la Providencia le ofreció la ocasión de satisfacer á los que deseaban tanto oírle.

Habiendo su Alteza proyectado casar al Príncipe del Piamonte, su hijo, con Cristina de Francia, hermana del Rey é hija de Enrique IV, y resolviendo enviar para arreglar este negocio al príncipe Cardenal de Saboya, fué preciso disponer á este último un brillante acompañamiento de los personajes de más importancia en sus estados. Entre estos figuraba en primera línea el Obispo de Ginebra, obediendo el Duque de Saboya á la opinión pública al nombrarle para formar parte de esta embajada.

El Obispo se puso en camino para París con toda la comitiva del príncipe Cardenal. Nada tan edificante como la historia de este viaje, referida por uno de los señores que formaban parte de ella. «No nos hablaba, dice, sino

(1) Lib. II, cap. XII; y lib. IV, cap. VII.

»de cosas santas y prácticas de virtud, pero de una manera tan deliciosa, que interesaba á todos y á nadie producía disgusto. Me acuerdo de que nos decia entre otras cosas que, aunque la virtud se presenta bajo una forma austera en los anacoretas, debe manifestarse bajo un aspecto dulce y amable en las cortes de los Príncipes; que nadie está mas obligado á ser virtuosos que los grandes, puesto que nuestro Señor ha querido nacer de sangre real; que se debe ser humilde á proporcion de la elevacion en que se está; que la magnanimidad es muy diferente de la vanidad, y la humildad de la pusilanimidad; que no hay nada tan magnánimo como la humildad, y nada tan cobarde é indigno de un gran corazon como la vanidad y el orgullo, como lo atestiguan tantos piadosos personajes que han sido á la vez muy humildes y muy magnánimos. Luego nos hablaba de la gloria de los santos, de la felicidad eterna, de la ceguedad de los hombres, que inclinándose á los bienes perecederos descuidan los eternos, dignos únicamente de un alma inmortal; nos representaba la felicidad que hay en tener en Dios un padre digno de toda nuestra confianza filial como de todo nuestro amor. Antes morir, decia, que amar otra cosa fuera de Dios: antes perderlo todo que perder la esperanza de amarle eternamente: desarrollando estas bellas verdades de una manera tan agradable, que se tenia un placer indecible en oírle.»

Llegado á París fue á parar á la calle de Tournon, al palacio del Mariscal de Ancre (1), con el primer Presidente Favre; y desde la mañana siguiente acudieron á invitarle para predicar el 11 de noviembre, fiesta de San Mar-

(1) Este palacio es hoy el num. 10 de la calle de Tournon. Despues de la desgracia del Mariscal d'Ancre, tomó el nombre de palacio de los Embajadores extraordinarios, porque se dedicó á este destino. Cedido luego al Duque del Nivernais, fué reedificado por él en el estado en que se halla hoy. Declarado propiedad nacional en 1790, fué dedicado al servicio de la guardia municipal, de la cual es aún cuartel. Véase el *plano de París* en 1652, por Jacobo Gouville, y el *plano de la circunscripción de la parroquia de San Sulpicio* en 1690.

tin, en la iglesia de los sacerdotes del Oratorio. Segun su costumbre accedió á la invitacion que le hicieron: al saberlo todo París se conmovió; el Rey y las dos Reinas, varios Obispos y los sabios de la capital, todas las clases de la sociedad quisieron oír á un predicador de tanta fama; y el dia del sermón la concurrencia en la iglesia fué tan grande, que habiendo llegado el orador despues que todos, no pudo entrar sino por la ventana con auxilio de una escala que le pusieron. Todos en esta circunstancia solemne esperaban un discurso digno de tan grande auditorio, digno sobre todo del elevado genio que habia producido la *Introduccion á la vida devota y al Tratado del amor de Dios*; pero el santo Obispo, en vez de escuchar las inspiraciones del amor propio, que se hubiese alegrado de manifestarse en esta brillante ocasion, pensó que valía mas humillarse en el teatro mas grande del mundo, y se limitó á referir sencillamente la vida de San Martin. Mientras hablaba oía algunas personas que decian en voz baja: «¡Qué vulgarmente habla este montañés! No valia la pena de venir de tan lejos para decirnos lo que ha dicho y ejercitar así la paciencia de todos.»

Al oír estas críticas, el humilde prelado se alegraba de ser despreciado de los hombres, contento solo de agradar á Dios. El mundo censuró este discurso; y el santo Obispo contestó por toda justificacion, que no se podia esperar de un arbol de la montaña otra cosa que frutos salvajes. Confió lo ocurrido á San Vicente de Paul, y este hombre de Dios, juzgando de un modo muy diferente del mundo, quedó edificado. «Ved, dijo á sus hermanos citándoles este rasgo de humildad, ved cómo los santos reprimen la naturaleza que ama el brillo y la ostentacion. Ved cómo debemos obrar nosotros, prefiriendo los empleos bajos á los elevados, la abyeccion á lo que pudiera causarnos mas honor.»

Si el primer sermón tuvo escaso éxito, el predicador suplió esto con la santidad de su vida y sus ejemplos: habia en su persona y en todas sus maneras una cierta

majestad que revelaba á un hombre celestial, y hacia decir, que si se queria tener una idea de Jesucristo conversando en la tierra, no habia mas que ver al obispo de Ginebra, su mansedumbre, su prudencia, su humildad y todas sus virtudes. Cuando iba por las calles se le miraba con veneracion, se consideraban felices los que podian tocar sus vestidos, como si saliese de ellos alguna virtud divina, y se veneraba como reliquia todo lo que pertenecia á su uso, hasta sus cabellos, que se procuraban por medio del que le hacia la tonsura (1). Así, cuando apareció de nuevo en el púlpito para predicar el Adviento en San Andrés de las Artes, la concurrencia fue tan numerosa que los cardenales, obispos y príncipes apenas encontraban sitio, y cuanto mas predicó mas deseo se manifestó de oírle. «Nunca, decian, han predicado los apóstoles mas santa y apostólicamente.»

En cuanto á él no podia comprender este entusiasmo que habia por sus sermones. «No os admireis, decia á uno de sus amigos, de ver venir á oírme á estos buenos parisienses, á mí, que tengo un lenguaje ordinario, unos conceptos tan comunes, y que pronuncio unos sermones tan vulgares.—¿Pensais, le contestó este digno amigo, que son las hermosas palabras las que buscan en vos? Les basta veros en el púlpito; vuestro corazon habla por vuestra boca y ojos; aunque no os vieran mas que pronunciar una corta oracion, quedarian contentos. En vos las palabras vulgares, encendidas en el fuego de la caridad, penetran los corazones y los enternecen. Hay en vuestros discursos un no sé qué de extraordinario que impresiona. Otro diria tres veces mas que vos y no se le haria caso. Teneis una cierta retórica de Annecy, ó mas bien del Paraiso, que produce efectos admirables.» (2)

Este grande aplauso fue creciendo durante la mision, y terminada, los feligreses de San Andrés, no sabiendo

(1) Carlos Aug., p. 522 y 523.

(2) El P. Binet en su obra: *¿Cuál es el mejor gobierno, el dulce ó el severo?*

cómo espresarle su reconocimiento, quisieron hacerle presente de un servicio magnífico de una vajilla de plata; pero con gran sentimiento suyo no pudieron hacérselo aceptar. Terminada la mision, los sermones del hombre de Dios no se interrumpieron, pues le invitaban á predicar en todas partes, y siempre recibian de él una bondadosa respuesta. Un dia uno de los suyos, oyéndole prometer un sermón para un dia de fiesta, le hizo notar que se habia comprometido ya para ese dia en otra iglesia. «Dejadme hacer, contestó, Dios nos hará la gracia de multiplicar nuestro pan, pues es rico en misericordia sobre los que le invocan.—Pero vuestra salud se resentirá, le replicaron.—Si Dios fortifica el espíritu para darle qué decir, no descuidará al cuerpo por quien se distribuye su palabra. Y además, ¿no somos por estado la luz del mundo? Es mal hecho quejarse de que una antorcha se consume ilustrando á los otros.—Pero Dios, le decian, no prohíbe se tenga cuidado de su salud.—No; pero prohíbe desconfiar de su bondad, y si me pidieran un tercer sermón para el mismo dia, menos trabajo me costaria aceptar que rehusar. ¿No se debe consumir el cuerpo y el alma por este amado prójimo que Nuestro Señor ha amado hasta morir de amor por él?» (1) Siguiendo este principio, le sucedió prometer hasta tres y cuatro sermones para un mismo dia, y sus amigos se lo desaprobaban como una indiscrecion. «Qué ¿quereis, les dijo, tengo un corazon que no sabe rehusar nada? Menos me cuesta un sermón que decir que no (2). Si viera las cosas como vos, necesitaria un Vicario para rehusar, porque nunca tendria valor para hacerlo por mí mismo. La palabra que anuncio me enseña que debemos darnos á los que nos piden, y que la verdadera caridad no mira sus propios intereses, sino los de la Iglesia de Dios y del prójimo. ¿Qué es lo poco que

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XIV, sec. XXX.—*Año Santo de la Visitacion*, 9 de julio.

(2) *Vida del Santo*, por la Madre Chaugy.

»hacemos comparado con los sentimientos de Moisés y »San Pablo, cuando deseaban el uno ser borrado del libro »de la vida, y el otro anatema por sus hermanos?» (1) El día de Reyes predicó en la iglesia de San Maturino sobre la belleza de la Iglesia naciente. Presentó por un lado, en el misterio de la fiesta un misterio de vocacion y de ofrenda, de luz y de amor; por el otro, cada Comunion como una nueva Epifanía, porque despues de haber recibido á Jesucristo debemos rendirle homenaje como á nuestro rey, y renovarle el juramento de nuestra fidelidad (2).

Ocho dias despues, predicando en la iglesia de Santa Magdalena, tomó por testo estas palabras: «Jesus ha sido »obediente hasta la muerte de cruz.» Un hereje que se hallaba presente fue á decirle con un aire magistral, que el testo de su discurso no era oportuno. «Señor, contestó »sonriendo, este testo era muy oportuno para vos, porque »desobedeceis á la Iglesia.» Movido el calvinista con esta respuesta, se hizo instruir y abjuró sus errores.

El 17 de enero pronunció el panegirico de San Antonio, demostrando sensiblemente qué poca excusa tendremos si no nos salvamos, nosotros que vivimos entre cristianos y con tantos medios de salvacion, cuando aquel patriarca de la soledad pudo hacerse un santo entre legiones de demonios encarnizados que peleaban por su perdicion.

El 20 de enero predicó el panegirico de San Sebastian; y en él, hablando de la inscripcion fijada por orden del emperador sobre el pecho del glorioso martir para hacer ver que era cristiano, demostró que todos deberíamos llevar el nombre de Jesus grabado en nuestros corazones, y como impreso en nuestras acciones y palabras por un modo de obrar y hablar que nos diera á conocer por discipulos del gran modelo de los escogidos.

Habiendo llegado la Cuaresma, volvió á emprender los sermones de la mision en *Saint-André-des-Arts*; despues

(1) *Espiritu de San Francisco de Sales*, p. IV, sec. XXXIV.

(2) *Año Santo de la Visitacion*, 6 de enero.

de la Cuaresma aun continuó predicando en todas partes donde le invitaron, hasta el punto de que, habiendo tenido algunas personas la curiosidad de contar el número de sus sermones, se afirmó á su partida que, durante el año que habia pasado en París, habia subido al púlpito trescientas sesenta y cinco veces, sin cansar nunca á su auditorio (1), sinó, por el contrario, manifestándose todos, cuanto mas predicaba, mas ávidos de oírle. La multitud le seguia por todas partes donde debia hablar, apiñándose para no perder ninguno de sus discursos, de tal suerte que habiéndole rogado pronunciase en la iglesia profesa de los Jesuitas el panegirico de San Luis, se vió obligado, por la afluencia del pueblo, á pasar por una de las ventanas del coro para llegar al púlpito (2), como habia hecho algunos meses antes el día de San Martin.

En estas multiplicadas instrucciones, el santo predicador no descuidaba la elocuencia; se ocupaba mucho mas aún de dar á sus oyentes una doctrina clara y sólida, olvidándose de sí mismo y pensando solo en la conversion de las almas. Lleno de dulzura siempre, parecía, cuando se trataba de este asunto, lleno tambien de celo; animándose con un odio santo contra el mundo y sus pasiones, llamando á los pecadores á la virtud, recomendando á los justos la práctica de los consejos evangélicos, y sobre todo la Comunion y la devocion al Santísimo Sacramento, al que llamaba la fuente de todas las gracias, el arsenal de donde debemos tomar las armas ofensivas y defensivas para combatir á los enemigos de la salvacion (3).

Cuando el santo Obispo no estaba en el púlpito, se ocupaba de la oracion ó en santas obras; confesaba á todas las personas que deseaban abrirle su corazon; oficiaba de pontifical ó iba á decir Misa á todas partes donde le invitaban; y así que se sabia dónde iba acudian en gran número

(1) Carlos Aug., p. 522.

(2) Idem, p. 524.

(3) Dep. del Señor de Charmoisy.

ro para consultarle sobre los negocios mas difíciles, sobre casos de conciencia que producen perplejidad, y sobre el mejor camino de perfeccion que se deseaba encontrar. Una vida tan bien empleada edificaba á toda la capital, ganaba todos los corazones para Dios, y hacia numerosas conversiones, aun entre aquellos que no podian órle.

Habiendo caido gravemente enfermo en París el gobernador de la Fère, en Picardía, calvinista obstinado, consintió, por las instancias de sus amigos católicos, en conferenciar sobre la religion con un prelado de tan alta reputacion en ciencia y en virtud (1). Informado el santo Obispo, se apresura á ir á ver al enfermo, y acogido por él al principio con palabras bruscas, correspondió con acciones y palabras llenas de dulzura, y abordó poco á poco la doctrina católica con aquella habilidad que le era propia. El enfermo le escuchó todo con grande atencion y sin ninguna señal de disgusto. «Monseñor, dijo luego, no estoy en estado de discutir, pero volved dentro de ocho dias, conferenciaré sobre lo que acabo de oír con el ministro Dumoulins, le haré que se vea con vos, y aquí los dos discutireis estas materias en mi presencia.» Esta respuesta llenó de gozó el corazon del santo prelado, y prometió no faltar á la cita. El enfermo llamó al punto al ministro, le refirió la doctrina y las razones del Obispo, y le rogó aceptase la discusion en su presencia. El ministro rehusó; el enfermo insistió diciéndole que respondería por su alma en el dia del juicio, pero las instancias fueron inútiles, pues Dumoulins no queria medirse con el Obispo de Ginebra. Al cabo de ocho dias volvió este como habia ofrecido (2). «¡Ah, señor, le dijo el enfermo llorando, qué feliz soy en volveros á ver! Ya hace cincuenta años que los ministros me estan engañando; si Dumoulins hubiera juzgado buena su causa, no hubiera rehusado sostenerla delante de vos. Esta negativa me ha abierto los ojos; estoy pronto

(1) Carlos Aug., p. 519.

(2) *Año Santo de la Visitacion*, 15 de febrero.

«á abjurar el calvinismo, que su ministro no sabe sostener. Os ruego que os digneis instruirme en la religion católica.»

El santo Obispo entonces, levantando los ojos y las manos al cielo para adorar la eterna providencia de Dios, empezó la instruccion de su enfermo, le reconcilió con la Iglesia, le alcanzó con sus oraciones el restablecimiento de su salud, y el nuevo convertido, lleno de celo por la fe que acababa de abrazar, convirtió á toda su familia, que era muy numerosa (1).

Esta conquista no fué mas que el preludio de otras muchas victorias. Un caballero calvinista, que se encontraba en casa de la Señora de Montigny, su parienta, en el momento en que Francisco estaba en ella de visita, declaró que se haria católico cuando le probaran la existencia del purgatorio. Al oír esto el Obispo abrió en el acto la Biblia, que hacia llevar siempre consigo por su ayuda de cámara, y le demostró con el ejemplo de David (2), que despues del pecado perdonado queda que sufrir una pena temporal; con la primera epístola de San Juan (3), que hay pecados que no son mortales; y de estos dos hechos dedujo la existencia de un lugar de expiacion para los que mueren sin haber sufrido esta pena temporal, ó expiado estos pecados veniales. Le mostró luego el testo tan claro del 2.º libro de los Macabeos: «Es un santo y saludable pensamiento rogar por los muertos para que sean libertados de sus pecados,» y probó la autenticidad de este libro; citó luego aquellas palabras de Nuestro Señor: *El pecado contra el Espíritu Santo no será perdonado ni en este mundo ni en el otro*, deduciendo de aquí que hay pecados que serán perdonados en el otro mundo; y estos pecados, ¿cuáles son sino los que se espian en el purgatorio? Esplicó el texto de San Pablo, que dice: *El que mez-*

(1) *Año Santo de la Visitacion*, 15 de febrero.

(2) II Reg. 11.

(3) S. Joan. 5.